



**Recuerdos de mi Infancia
y los comienzos de la Iglesia
en la Ciudad de La Plata,
Buenos Aires**

por Hugo N. Salvioli

Dedicado a mis descendientes

“La piel se arruga
el pelo se vuelve blanco.
Los días se convierten en años.
Pero lo importante no cambió:
Tu fuerza de convicción
no tiene edad.

Tu espíritu es el plumero de cualquier telaraña,
detrás de cada día, detrás de cada línea de llegada ¡hay una partida!

Detrás de cada logro hay otro desafío,
mientras estés vivo, siéntete vivo.

Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo...

Sigue.

Aunque todos esperen que abandones.

No dejes que se oxide el hierro que hay en vos.

Haz que en vez de lástima te tengan respeto.

Cuando por los años no puedas correr, trota;
cuando no puedas trotar, camina.

Cuando no puedas caminar, usa un bastón.

Pero nunca te detengas.”

Mario Benedetti (Escritor uruguayo)

Prólogo

Este breve relato histórico, abarca una década: Desde 1929, año en que nací, hasta 1939, año en el que experimenté mi segundo nacimiento: bautismo por inmersión en el Río de La Plata, el día 10 de diciembre.

Después del fallecimiento de mi hermano Rolf, el 17 de diciembre de 2006, me di cuenta que yo era el único sobreviviente activo de aquella primera generación de miembros y sentí que era mi responsabilidad registrar las circunstancias de vida en aquellos días en que, para asombro de todos los vecinos, se mudaron al barrio, cuatro jóvenes norteamericanos: Ross Holland, Lavon Flake, Verlen Smith y James A. Mortensen, en el mes de octubre de 1937.



Hugo Néstor Salvioli

Capítulo Primero 1929-1939

Mi Familia

Tuve una niñez feliz, criado por buenos padres y con un solo hermano, Rolf, casi cinco años mayor que yo y mi referente por aquéllos años. Mi padre Rafael, un albañil frentista y mi madre, María Falchi, ocupada en los quehaceres del hogar. Ambos con educación primaria incompleta, pero suficientes para cumplir con sus obligaciones y afrontar la gran depresión económica mundial que comenzó en el año 1929, precisamente cuando yo nací (26 de junio). Trabajo, responsabilidad y honestidad en el trato con los semejantes, fueron el legado principal que recibí de ellos. Fui criado en una época en que, para la mayoría de las personas, “la palabra era un pagaré”.

De los abuelos, sólo conocí a los padres de mi madre: Lucio Falchi y Dominga Badone. Lucio era de origen italiano, pero argentino, había nacido en Saladillo, Provincia de Buenos Aires. En cambio ella había llegado de niña de Italia con



Mi Abuela Dominga enferma
Año 1938

sus padres. Los visitaba casi todos los días porque vivían muy cerca de casa, en la calle 67 N° 1290 (e)



Mi Familia en el año 1937

20 y 21. Mi abuela estaba paralítica y postrada en un sillón; el abuelo se ocupaba de la comida para los 8 hijos solteros que vivían con ellos y cuidaba y aseaba a la abuela. Eran muy amorosos conmigo. A los abuelos paternos, Rocco Vincenzo y Catalina Pagano, ambos italianos, no los conocí. Llegaron siendo jóvenes y se casaron en Buenos Aires.

La Ciudad

En el año 1926, mis padres se mudaron a la zona sur de la ciudad de La Plata (calle 67 N° 1365 entre 21 y 22). Mi hermano ya había nacido (9 de octubre de 1924). La ciudad tenía 44 años de vida y había sido fundada por el Dr. Dardo Rocha (1838-1921-jurisconsulto, legislador y escritor) el 19 de noviembre de 1882. Nació para ser la capital de la Provincia de Buenos Aires y había sido proyectada en el plano, antes de comenzar cualquier edificación; por eso los habitantes se jactaban que era única entre las ciudades del orbe y conocida también como la “ciudad de los diagonales”. Tiene particularidades únicas, como cuando se cruzan dos avenidas y se origina una

plaza, por ejemplo. La principal y el centro geográfico es la plaza Moreno, que abarca seis manzanas y la limitan las calles 12, 14, 50 y 54; nunca supe con certeza por qué no existe la calle 52 en su trazado. Sobre la acera de la calle 14, se levanta la Catedral, una obra monumental que abarca una manzana y está considerada entre las principales catedrales de América. Mi padre nos contaba que había sido peón en esa obra, cuando se preparaban para festejar el centenario de la revolución del 25 de mayo de 1810. Tenía sólo 13 años. Enfrentándola, sobre la calle 12, se construyó el hermoso edificio de la Municipalidad.

También es muy famoso y reconocido mundialmente, el Museo de Historia Natural, sede de la Facultad de Ciencias Naturales, enclavado en medio del Bosque de la ciudad, cerca del Zoológico y de otras facultades que conforman la Universidad de La Plata, fundada por Joaquín V. González en el año 1905. En su larga historia, tuvo célebres rectores y decanos, como el Dr. Alfredo L. Palacios (1880-1965), primer diputado socialista del país y al que tuve el honor de conocer en el año 1943, cuando era Decano de la Facultad de Derecho y disertó en los jardines del Rectorado de la Avda. 7 entre 48 y 49. Por aquél entonces yo era un estudiante de primer año en el Colegio Nacional, que pertenecía a la Universidad. Uno de los habitantes ilustres de la ciudad, fue Florentino Ameghino (1854-1911), paleontólogo y geólogo argentino y Director del Museo. Lo menciono porque mi madre me dijo que lo conoció, ya anciano, cuando él tenía una librería en la ciudad.

Mi Casa

Comenzaré describiendo nuestra casa, que como casi todas las del barrio, eran “de material”, es decir, de ladrillos asentados en argamasa de barro, y pasto seco y revocadas con arena y cal. Construida íntegramente por mi padre los fines de semana, y en verano, cuando los días eran más largos, también luego de la jornada de trabajo. Mi madre le servía de peón. Fueron días de gran sacrificio, pero felices porque tenían un proyecto que alcanzar. Comenzó con una pieza, la cocina y la letrina, que se construía bien alejada de la casa y conectada a una cámara séptica y a un pozo ciego. El agua se obtenía mediante una bomba que se accionaba manualmente con gran esfuerzo. El peligro de contaminación de los pozos ciegos con la napa de agua, era una de las preocupaciones de aquellos días. La fiebre tifoidea era una enfermedad grave siempre al asecho.

Una de las características de la construcción de entonces, era que una de las habitaciones tenía un sótano, para almacenar lo que se producía en verano: vino, salsas de tomate, escabeches, ajíes en vinagre, orejones, dulces, mermeladas, etc. Todo producido en la quinta donde además de verduras, se plantaban árboles frutales, como higueras, durazneros, ciruelos y cítricos. Casi todo lo que se consumía, se cosechaba y elaboraba en familia. Algunas de ellas, también carneaban cerdos para preparar jamones y embutidos de toda clase, que se estacionaban en un lugar fresco y seco. Era una costumbre de los países europeos, que nuestros abuelos inmigrantes italianos, transmitían a sus hijos.

Casi todas las familias criaban sus gallinas y pollos, en el famoso “gallinero”, que se construía en el fondo, lindando con la quinta.

Allí iban a parar parte de los desechos orgánicos, el resto servía para abonar la tierra. La mayoría de los desperdicios eran biodegradables. Nunca faltaban los huevos frescos. También era común que se construyera el “horno de barro” para cocinar el pan casero una vez por semana. Las familias se auto abastecían con verduras y frutas frescas y siempre tenían reservas de alimentos. En el amplio terreno, teníamos una pareja de “teru-teru”,

que nos avisaban cuando merodeaban animales con malas intenciones...

Las comidas más comunes eran el “puchero” de gallina con todos los ingredientes y la sopa correspondiente (“olla con gallina, la mejor medicina”), las pastas caseras (fideos, raviolos, ñoquis), polenta con tuco y a veces con pajaritos, tortilla a la española, guisos, mamonas caseras con papas y pollo,

Personajes de antaño

El afilador:

Con cierta regularidad, pasaba por el barrio en bicicleta y se apostaba en una esquina. La gente recurría con sus cuchillos y tijeras al sonido de su flauta avisando de su llegada. Tenía una piedra esmeril adosada al caño y accionada a pedal.



El hielero: Cargaba al hombro las barras protegiéndose con una bolsa de arpillera. Era la manera doméstica de enfriar bebidas y alimentos.

El almacenero: La mayoría de los productos comestibles se vendían sueltos y se envolvían en papel. Era muy común pedirles la “yapa” y el fiado.



El lechero: Llegaban a domicilio y trasvasaban la leche suelta a botellas o cacerolas para luego hervirla. El carro que los trasportaba, por lo general estaba fileteado finamente.

carne al horno con papas, buñuelos de espinaca y milanesas con “chuño”, mi plato favorito. Como postres se servían flanes, cremas, frutas y el budín de pan con pasas de uva y nueces, cuando sobraba pan viejo. Nada se tiraba. Para la merienda, siempre había pan con manteca caseros, tortas fritas – cuando llovía- y de vez en cuando “pastelitos” de hojaldre con dulce de membrillo. Lo acompañábamos con leche caliente y una barra de chocolate, que llamábamos “submarino”. ¡Un verdadero manjar!

La leche la repartían “suelta”, diariamente en carro tirado por caballo, casa por casa, y en medidas de 1 litro. Dos veces por mes, pasaba un paisano con una vaca y su ternero, ordeñando en la calle. Los vecinos salían con sus recipientes para llenar. No olvidaré jamás la crema que sobrenadaba. Mi madre

la aprovechaba para hacer mantequilla.

Usos y Costumbres

El mobiliario de la casa era muy modesto: Una cama de matrimonio, dos camas “turcas” con colchones de lana de oveja (cuando se apelmazaba, se llamaba al “colchonero” para que la pasara por la máquina para escardarla), un ropero con un espejo rectangular en la puerta, un reloj grande de pared, que daba campanadas cada hora y una palangana con su jarra de loza inglesa, sobre la cómoda.

Para cocinar, teníamos una de las cocinas llamadas “económicas”, de hierro fundido, con salida al exterior y que en su recorrido, también servía para calentar la habitación. Estaba todo el día encendida y se

podía –según mi padre- “quemar de todo”, por eso eran económicas. Nos divertíamos abriendo con cuidado la puertita por donde se alimentaba el fuego y echábamos en las cenizas calientes batatas, que una vez asadas, comíamos con cucharita. En la mesa rectangular de la cocina siempre había un mantel de hule, donde además de comer, por la tarde hacíamos los deberes de la escuela y mi padre los cálculos para presupuestar sus trabajos en una libreta negra.

También existía el “brasero”, que construía mi abuelo Lucio, que era herrero de oficio y lo usábamos en los días de mucho frío, pero que teníamos la precaución de ventilar bien por “las emanaciones peligrosas del carbón de leña a medio encender”. Las brazas de carbón también las usaba mi madre para calentar la plancha de hierro, para alisar la ropa. Tampoco faltaba el calentador marca “Primus” a kerosene, para comidas rápidas. Con un pequeño émbolo se le daba presión para que el combustible subiera hacia el mechero, que frecuentemente teníamos que destapar con agujas especiales. Ah, me olvidaba, tampoco faltaba la “heladera a hielo”, que se alimentaba con ½ barra diaria que repartían a domicilio.

En las noches crudas de invierno, antes de acostarse, para calentar las camas se colocaban ladrillos calientes, envueltos en diarios. Una yema batida con azúcar y leche hirviendo, era una buena manera de calentarnos también por dentro. Mi madre, todas las noches, colocaba la “escupidera” debajo de la cama para orinar a la noche, porque la letrina quedaba muy lejos... El invierno castigaba mucho y por la mañana se formaban escarchas en los charcos de agua. A las personas mayores, pero especialmente a los chicos, le “salían sabañones”. Para bañarnos se usaba un “fuentón”

Personajes ambulantes de antaño

El organillero: Iba siempre acompañado por una “cotorrita de la suerte”.

Se instalaba en una plaza o calle muy concurrida. Un cilindro tenía grabadas algunas piezas de música populares simples, que manejaba con una manivela. Por unas monedas, el pajarito extraía un papelito con predicciones.



El manicero: Muy popular y siempre esperado por los niños del barrio. Por unos centavos, les llenaba un cucurucho de papel con maníes calentitos.



El mimbrero: Recorría las calles en carro con una variedad de objetos para todo uso, que él mismo producía artesanalmente.



Fotos de “Personajes ambulantes de antaño” fueron extraídas de la Revista “VIVA” de Clarín del 28 de agosto de 2005.

grande que se llenaba con agua tibia. Una vez por semana, hiciera falta o no, había que bañarse...

Nos sentíamos protegidos por la calidez del hogar y el amor incondicional de nuestros padres. Cuando llegábamos a casa, de la escuela o de los juegos, mamá siempre estaba esperándonos. Me hubiera gustado que el tiempo se detuviera... pero como lo expresó tan bien el poeta Miguel Hernández:

“Desperté de ser niño,
nunca despiertes,
triste llevo la boca:
ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa,
pluma por pluma”.

La ropa que mi hermano y yo usábamos, era confeccionada íntegramente por mi madre, que según ella, “era pantalonera fina”. Tenía como un tesoro y cuidaba con mucho esmero, una máquina de coser “Singer” importada, que se maneja a pedal. Ella nos contaba que había abandonado la escuela primaria, para trabajar en un taller de confección y le habían asignado hacer pantalones para algunas tiendas de la ciudad, allá por 1914. Era la mayor de 14 hermanos y por aquel entonces había una gran miseria. Comenzaba la Primera Guerra Mundial... En sus ratos libres, también tejía al crochet, con una sola aguja.

Los nacimientos y los velorios eran acontecimientos que sucedían en las casas. Yo mismo nací en la primera pieza que se construyó, asistido por mi abuela y una partera del barrio. El médico se llamaba únicamente cuando el parto se complicaba.

En el año 1932, llegó la electricidad al barrio, desplazando a los faroles a kerosene para iluminar.

La radio eléctrica reemplazó a la de “galena” y fue una verdadera revolución. Las radios del Pueblo, Porteña y Stentor fueron las primeras estaciones. Los aparatos tenían válvulas, que había que cambiar seguido porque se “quemaban”.

Los radioteatros fueron uno de los entretenimientos más esperados de la tarde y las noticias llegaban al instante. Una de las más tristes por aquel entonces, se recibió un 24 de junio: la muerte trágica de Carlos Gardel, en un accidente de aviación en Medellín, Colombia (1936). Ese día vi llorar a mi madre. Yo apenas tenía siete años.

Recuerdo que ella recibía una novela en entregas semanales con un título muy particular: “Abandonada en su noche de bodas”. También teníamos una “victrola” que se accionaba con una manivela y se podían escuchar canciones grabadas en discos de pasta. Gardel, Charlo y Corsini, eran los más escuchados.

El teléfono llegó primeramente a algunos comercios de la zona. Consistía de una caja rectangular con un auricular (tubo) y una manivela al costado, que al accionar, aparecía la voz de una telefonista desde una “Central”, que era la encargada de comunicar con el número requerido. Este procedimiento permaneció varios años, aún después que se instalaron en los domicilios. La Compañía de teléfonos era inglesa lo mismo que el ferrocarril con máquinas a vapor, que comenzó a funcionar en la ciudad a principios de la década del 30 y conectaba con la Capital Federal. Por ese tiempo dejaron de funcionar los tranvías “tirados por caballos”, para dar paso a los eléctricos. Contaba mi padre, que los de tracción a sangre, eran muy peligrosos en las bajadas, ya que arrollaban a los caballos y después había que sacrificarlos. Durante

muchos años, fue el principal medio de transporte. Cerca de casa pasaban dos líneas eléctricas; una de ellas recorría el diagonal 74 que llegaba al cementerio. La mayoría de las calles eran de tierra y cuando llovía mucho, los carros se encajaban en el barro. Por suerte, la calle 67, frente a casa, era pedregosa y se podía transitar mejor.

Era la época en que los vecinos, al atardecer, salían a sentarse a la vereda a tomar mate y conversar, mientras los hijos jugaban en algún terreno baldío cercano. Era normal que las casas, durante el día, permanecieran abiertas y sin llave. Rara vez se escuchaban relatos sobre atentados a la propiedad y a las personas. Eran otros tiempos...

Juegos y Entretenimientos

Los principales juegos de los chicos varones, eran el fútbol con pelota de trapo, el “chafe” (policía) y el ladrón, las “bolitas”, el “deneiti” que consistía en cinco piedras de mármol pequeñas que se revolaban y la “viyarda”, un palo de aproximadamente 50 cm. de largo y otro más pequeño rebajado en los extremos. Cuando éste se ponía en el suelo y se lo golpeaba en uno de los extremos, se elevaba y entonces era golpeado para tirarlo con fuerza hacia adelante.



Yo con la camiseta de Estudiantes de la Plata - Año 1938

El que lo tiraba más lejos, ganaba. Era muy divertido y se necesitaba fuerza y destreza. Yo rara vez ganaba, era mejor jugando “a la pelota”. También nos entreteníamos con el “trompo” y el “balero”, que eran juegos individuales. En los meses de vientos (agosto y setiembre), los barriletes adornaban el cielo. Había que ver la destreza de algunos chicos, muchas veces ayudados por sus papás, para armarlos. Se usaban medias cañas para el esqueleto y papel de seda para el cuerpo. Los más hermosos eran los llamados “cajones” y “estrellas”. Se competía entre las barriadas.

Las niñas, en cambio, jugaban a la mancha, en sus distintas variantes, a las escondidas, la rayuela y al “martín pescador”: “¿me dejará pasar? Pasará, pasará, pero el último quedará...”-- decían.

Estábamos mucho tiempo al aire libre y la vida era muy sana.

Eran muy comunes las “calesitas”, tiradas por caballos, estacionadas en algún terreno baldío del vecindario, con una “pera” (surtija) que teníamos que sacar, para poder tener una vuelta extra gratis. Una o dos veces por año, también llegaban circos que acampaban en las plazas de la zona con animales, trapeceistas y payasos. Todo el barrio se alborotaba. Era el tiempo del “manicero”, que andaba en bicicleta y con un brasero, cocinaba maníes que luego vendía en cucuruchos de papel.

La inauguración del cine Edén en la calle 12, fue todo un acontecimiento. Se pasaban películas argentinas de Carlos Gardel y Libertad Lamarque, como “El día que me quieras” y “La ley que olvidaron”. Las de “cowboys” eran muy requeridas y también veíamos algunas mexicanas con María Félix y Jorge Negrete... Dos o tres veces por mes, íbamos al “biógrafo” con mamá, y después comprábamos



Mi familia en la terraza del almacén - Año 1939

helados “de agua”.

Con papá, en cambio, iba a la cancha a ver jugar a Estudiantes. Él era fanático pero moderado. Nunca le oí decir malas palabras. Siempre nos quedábamos cerca del alambrado, por seguridad, detrás del arco de la calle 55, frente a la Escuela Industrial “Albert Thomas”. Era la década del 40 y pude ver a jugadores de la talla de Arsenio Erico, Adolfo Peder nera, Angel Labruna, Angel Zosaya, “Nolo” Ferreyra, Guaita, Sarlanga, “Capote” Vicente De la Mata, Sastre, José Manuel Moreno “el Charro”, Masantonio, Reinaldo Martino... pero sobre todo al equipo de Estudiantes: Ogando, Rodríguez y Palma, Garcerón, Ongaro y Sande, Gagliardo, Negri, Laferrara, Cirico y Pellegrina. Siempre se anotaban muchos goles en los partidos porque se atacaba con cinco delanteros y se dejaba jugar.

Después del partido, regresábamos caminando y cuando llegábamos a la calle 12, comprábamos una pizza grande de “mozzarella” que llevábamos a casa. Era el

tiempo en que papá era mi héroe. Al lado de él me sentía protegido y muy pero muy feliz.

Enfermedades y tratamientos

Cuando llegaban las enfermedades, el “boticario” y la “curandera” del barrio, eran consultados antes que al doctor de la familia. Había una lista interminable de “remedios caseros” e intervenciones “non sanctas” muy extrañas. La curación del “mal de ojo” y el “empacho” por la curandera, eran muy comunes. Yo mismo fui sometido a esas “terapias” algunas veces. La mayoría de los médicos de la época decían que “la tirada del cuerito”, tenía cierta base científica y la recomendaban. Los calambres y dolores musculares se aliviaban con la famosa “untura verde”, muy usada por los deportistas de la época, pero con un olor muy irritante. Cuando los chicos estaban inapetentes y raquícos, había dos remedios que podían comprarse en la botica: “Ferroquina Bisleri” y el famoso “Aceite de hígado de bacalao”. Este último era muy resis-

tido por su horrible sabor. A veces se escuchaba el refrán: “jorobarse y tomar quina, es la mejor medicina”. De vez en cuando, y para fortalecerme, mi madre me preparaba banana pisada con miel que acompañaba con nueces picadas. Preparado que comía con mucho gusto.

Otro remedio muy común era la “tintura de yodo”, que se usaba como tópico para las infecciones de la garganta. Mi madre había adquirido una técnica muy particular: Se envolvía el dedo índice con algodón, lo embebía en la tintura y lo pasaba por la garganta, “para sacar las placas” y desinfectar la zona. También se usaba para tratar heridas y pincelar la piel para detener “el avance del tétanos hacia el corazón”, repetía mi mamá. Cuando había fiebre, se hacían baños con agua templada y cuando se presentaba el “falso crup” se le hacía inhalar al niño vapor de agua.

Para combatir el estreñimiento, se recurría al “aceite de ricino”, y cuando éste no actuaba al “enema”. Era un recipiente enlozado con una salida en la base, donde se conectaba una pequeña manguera de goma que en el extremo tenía una cánula que se introducía en el ano. El recipiente se llenaba con una solución jabonosa tibia que entraba por gravedad en el interior de los intestinos. Era una ayuda muy eficaz para evacuar el vientre.

Cuando aparecían las “bronconeumonías” o neumonías, se recurría a las “ventosas”. Eran unos vasos de vidrio gruesos, a los que se le introducía un hisopo de algodón embebido en alcohol encendido, para producir vacío y aplicarlo rápidamente sobre la espalda del paciente. Era impresionante ver a la persona con 6 u 8 ventosas sobre su espalda, varios minutos. Las marcas en la piel lo acompañaban varias semanas.

Había muy pocas vacunas para prevenir enfermedades infecto-

contagiosas, tales como el sarampión, la escarlatina, la tos convulsa, la influenza o gripe, viruela y difteria.(1) Estas dos últimas eran las más temidas. Para la época en que comencé la escuela primaria, aparecieron vacunas para prevenirlas; se inoculaban en el brazo, mediante unos pequeños cortes con el suero. A los pocos días ya “prendía” y esa cicatriz lo acompañaba a uno toda la vida.

Tampoco existían los antibióticos, y si bien Alexander Fleming descubrió la penicilina en 1929, recién se empezó a aplicar en seres humanos en 1941. Por tal motivo enfermedades como la tuberculosis, sífilis y blenorragia eran muy graves y difíciles de curar. Estas últimas, eran contagiadas por transmisión sexual y el tratamiento era muy prolongado y penoso. El promedio de vida era bajo. Mi abuela paterna, Catalina Pagano, falleció de un simple carbunco a los 42 años.

El Almacén

Hacia fines del año 1936, mis padres tomaron una decisión heroica y no exenta de riesgos: hipotecar la casa, abandonar el oficio de albañil, y comprar “a plazos”, con pagarés mensuales, el almacén del barrio que estaba en la esquina de las calles 67 y 22, cuyo dueño era el Sr. Evaristo Verdugo, un italiano muy respetado. “Se lo vendo a Uds., porque son muy trabajadores y responsables”, les dijo.

En enero de 1937 nos mudamos. Era una casa de dos plantas: arriba estaban los dos dormitorios, el escritorio, un vestíbulo y la terraza. En la planta baja se ubicaba el negocio en la esquina, la cocina y el lavadero, el baño, los depósitos, el bar, un patio techado y el galpón, donde apilábamos la leña, las bolsas de carbón y recipientes con diferentes contenidos.



Con mi hermano Rolf, en el patio del almacén Año 1838

Recuerdo que en el galpón, había ratas de todos los tamaños y una o dos veces por mes, venía el padre del Sr. Verdugo, un anciano que había estado en la guerra del ‘14, para combatir las. Había creado una trampa tipo cajón con un sebo dentro, y una pequeña abertura de alambre por donde la rata se deslizaba cómodamente hacia el interior, pero no podía salir porque la abertura se achicaba y los alambres estaban de punta. Entonces abría una compuerta y la metía en una bolsa. Para matarla la sumergía en un tacho con agua o directamente la golpeaba contra el suelo. Yo lo observaba desde lejos, con asombro, horror y asco a la vez. Una vez me comentó que durante la guerra y por la escasez de alimentos, comían ratas. En el escaso terreno que quedaba había un pequeño gallinero. En verdad, era una casa amplia y cómoda para vivir.

No puedo dejar de mencionar a “Don Juan”, un personaje singular que mi padre había conocido cuando trabajaba en la construcción. Cierta día llegó al negocio borracho y convertido en linyera. Ten-

dría alrededor de 60 años. Mi padre lo reconoció y le hizo lugar en el galpón, “para que no durmiera en la calle”. Era un hombre educado y respetuoso. A la mañana salía con su bolsa a juntar cartones y papeles que luego vendía. En casa tenía asegurado un plato caliente de comida y algún “vinito” a la noche. Yo tenía largas charlas con él y lo llegué a querer mucho. Él estaba pendiente de mí y me protegía. Por la noche, cuando se retiraba para descansar y “en copas”, comenzaba a dialogar con un ser que, según él “se le aparecía”.

Lloré mucho, cuando una madrugada nos despertamos con el galpón en llamas. Pensamos que había llegado el fin de Don Juan, pero no, había podido salir con algunas quemaduras, que meses después le ocasionaron la muerte. Nunca supimos el origen del incendio, pero mi padre supuso que una “colilla” mal apagada de su cigarrillo, había sido la causa. Para con mi padre tuvo una gratitud infinita y fue leal a la confianza que le dispensamos. Estoy agradecido por haberlo conocido y tratado en mi tierna infancia.

Al poco tiempo, y de acuerdo con sus habilidades y preferencias, mis padres se distribuyeron las principales responsabilidades del nego-

cio: Mi madre atendía a los clientes y llevaba el control de las compras y la economía en general y mi padre se encargaba de preparar los pedidos que se recibían por teléfono y repartirlos a domicilio en un triciclo. Poco tiempo después, se compró un carro tirado por una yegua llamada “Lula”. También atendía el bar por la tarde y los fines de semana. Cuando llegaban los “parroquianos”, la mayoría de origen italiano, tomaban unas copas y jugaban a las barajas (el “tute”, truco, la escoba de quince y el “codillo”, eran los principales juegos). La grapa, caña, vermouth con soda, anís, moscato y vinos tinto, blanco y clarete, eran las bebidas alcohólicas más requeridas. Cuando estaban “alegres” por efecto del alcohol y algo nostálgicos, cantaban las clásicas “canzonetas” de su país. El pequeño bar se llenaba de alegría...

El negocio prosperaba y poco a poco se amplió en sus ofertas, incorporando mercería, perfumería y librería. Se vendía casi todo al “menudeo”, es decir suelto. El azúcar, la yerba y las harinas, por ejemplo, llegaban en bolsas de arpillera de 40-50 kilogramos. El vino se compraba en “bordalezas” (toneles) de 200 litros que se “espichaban” para fraccionarlo. Lo

mismo ocurría con el aceite y el kerosene. En los primeros tiempos, comprábamos hielo para refrigerar una heladera grande. La compra de una heladera eléctrica fue todo un acontecimiento y se incrementaron sensiblemente las ventas.

La instalación de una “incubadora” para criar pollitos bebé fue otra iniciativa de mi padre. A los 3-4 meses teníamos pollos para nuestro consumo y también para vender en el negocio.

Recuerdo haber visto varias maneras de matar a las gallinas, pero veo a mi padre tomarlas de la cabeza, darle dos o tres vueltas en el aire y tirarlas al piso. Una vez muertas, las colocaba en un recipiente con agua hirviendo para quitarle las plumas. Cuando faltaba mi padre no se comía gallina en casa...

A los pocos años y con gran sacrificio, ya éramos dueños de la propiedad y el almacén. Una de las grandes preocupaciones de mis padres era la venta al “fiado” con la libreta, donde se anotaban las compras y a fin de mes se sumaba el importe. Algunos clientes se atrataban en sus pagos y otros desaparecían. Eran verdaderos “clavos”, como se decía entonces. A pesar de todo, salíamos adelante.

Cuatro Jóvenes Extranjeros

Así vivíamos, cuando el 6 de octubre de 1937, se mudaron al barrio cuatro muchachos altos, rubios y bien vestidos, que usaban sombrero cuando salían y tenían un fuerte acento extranjero. Alquilaron la casa de la esquina de las calles 67 N° 1349 esquina 22, justo frente a nuestro negocio. Venían de una propiedad que habían alquilado el 9 de enero de 1937, en la calle 62 N° 938 (e) 13 y 14. En realidad, los misioneros habían llegado a la ciudad el 28 de diciembre de 1936 y



Fachada actual de la casa de la calle 67 y 22



Lavon Flake - Misionero Año 1937

por unos pocos días se alojaron en un hotel.

Nuestra relación con ellos fue a través del negocio. Eran muy buenos clientes. Compraban muchos lácteos (leche y quesos), pan, miel, fideos y kerosene para las estufas y el “calentador”, que usaban como cocina. También consumían mucha fruta, nueces y sobre todo, chocolate.

Los vecinos estaban intrigados: “¿De dónde vendrán y cuáles serán sus intenciones?”, preguntaban. Cuando los veían por la calle, los chicos avisaban: “Allá vienen los rusos”, seguramente porque eran



Ross Holland - Misionero Año 1937

rubios. Otros, más atrevidos y tal vez incitados por adultos, les gritaban “haga patria, mate a un ruso” y algunos hasta le arrojaban piedras...

Pero poco a poco esa hostilidad inicial fue cediendo. La actitud cordial de los muchachos, que jamás contestaban los agravios e insultos, fue ganando la confianza de los chicos del barrio y a las pocas semanas, después de blanquear las paredes interiores, abrieron el local y comenzaron las reuniones. Ya no les llamaban “rusos” sino “místers”, porque habían descubierto que eran “norteamericanos”. Y cuando empezamos a asistir a las reuniones ya eran “hermanos”. En verdad, nos enseñaban que todos éramos hermanos...

En el mes de marzo de 1938, comenzó formalmente la “Primaria” para varones exclusivamente. A las pocas semanas me nombraron secretario. Llevaba las actas y pasaba lista, ayudado por mi hermano Rolf, quien era “el presidente”. Todavía conservo como un verdadero tesoro histórico, el cuaderno. Teníamos 19 inscriptos y con asistencia más regular estaban mi hermano Rolf Valter Salvioli (Pichón), Ricardo Pache, Nelo Nuccilli, Clovi Darré, Omar Gaité, el “Negro” Pache, Salvador “Pichi” Pache, Eduardo Arenilla, Cacho Martino, “el mono”, Salvador Demarco, Carrasco, José Gaité, Omar Puchi, Felipe Stornelli, “Coco” Bertarini, “Chiche” García y yo. Unos meses más tarde, comenzaron a asistir Roy y Ronald Mazzuchi, nietos de George Taylor y su esposa, el primer matrimonio investigador.

Él estaba jubilado y había sido contratado desde Inglaterra, para ser uno de los primeros “maquinistas” del ferrocarril Sud. Eran personas adorables y los “hermanos”, por razones de idioma, se sentían

muy cómodos y pasaban mucho tiempo con ellos.

Los comienzos fueron muy modestos pero ya funcionaba la “Rama” de La Plata. Un nombre extraño para entonces, se puede decir que fue a través de los niños de la Primaria que se introdujo el mensaje del Evangelio Restaurado de Jesucristo en la ciudad. Como referencia menciono que sólo a tres cuadras de allí, funcionaba el Seminario Mayor San José de la Iglesia Católica, que ocupaba toda una manzana. Los jóvenes ingresaban como seminaristas y egresaban como sacerdotes.

Para ese tiempo, ya se habían renovado los primeros cuatro misioneros mencionados en el prólogo. Ahora teníamos que aprender otros apellidos difíciles para nosotros, como Nelson (Morris E.), Fenn (Karl R.), Allen (Ben R.), McBride (Richard J.), Smith (Jesse Ben), Beus (James), Standing (Robert), Madsen, Reed, etc. La mayoría venían del oeste de los EE.UU. de Norteamérica: Utah, Arizona y Wyoming, con origen vaquero (cowboys). Por eso, además de enseñarnos religión, nos mostraban algunas técnicas de su tierra, como la de manejar la sogá, enlazar, etc. Con el tiempo yo fui un experto y hasta me vestían de cowboy...

El 1 de julio de 1938, tuvimos la primera reunión de la Primaria registrada en el “Libro de Actas”:

“Al Nelo y Negro los lavaron porque vinieron con la cara sucia...”, dice en uno de sus párrafos.

Algunas veces, no sólo los lavaban sino que los bañaban, antes de la reunión. Para ello, los “hermanos” habían perforado un caño de zinc conectado a una manguera o directamente metían a los chicos en la pileta de lavar la ropa, para estar en



Niños de la Primaria con Morris E. Nelson - Yo en cuclillas a la derecha
Año 1938

mejores condiciones de cantar:

“Cristo El quiere que brille; que brille para El; Siéndome siempre humilde, Y siempre siendo fiel. Que brille, que brille; Cristo Él quiere que brille; Que brille, que brille, Yo brillaré para Él”.

El “Acta” de la reunión siguiente (15 de julio), dice textualmente:

“El maestro fue Allen, la primera oración fue por el hermano Lito y la segunda oración por el hermano Hugo. Cantamos. Después de cantar comimos manices, después de comer muchos manices fuimos a hacer ejercicios porque binieron unos chicos trabiesos y empezaron a jugar.”

Acta del día 22 de julio de 1938:

“El maestro fue entre el hermano Allen y el hermano Rodolfo². La primera oración fue por el hermano Hugo. El hermano Allen tenía unas lecciones muy lindas, participaban el hermano Lito y el hermano Gaité. La segunda oración por el hermano Gaité. El hermano Allen tenía una caja de chicles y los repartió entre los chicos

y después de masticar bien los chicles, cantamos”.

Acta del día 29 de agosto de 1938:

“Los maestros eran el hermano MacBride y Duke y el hermano Lloyd no sabe hablar bastante bien pero los chicos le entendían. Cantamos unas canciones muy lindas por el hermano Pichi. Después de decir la oración pidieron los chicos

que toque algo con la armónica y cantó “tipitin tin tin” y después cantó otra que se llamaba “ayá en el rancho grande” y los chicos lo acompañaban. Después de cantar, la última oración por el hermano Hugo”.

Acta del día 4 de setiembre de 1938:

“Los maestros fueron Nelson y Lloyd y después yegaron los hermanos Duke y el hermano MacBride que fueron a comprar los guantes. Cantamos en la página 106 (“Jesús es Mi Luz”) la primera oración por el hermano Cacho después cantamos otra canción muy linda que se encuentra en la página 105. El hermano Nelson dijo a los chicos, bueno bamos a pintar un pajarito y nosotros enseguida dimos vuelta los bancos y pintamos, después de pintar fuimos a “vocciar” con los guantes, después de “vocciar” mucho nos despedimos y los chicos salieron muy alegres de “vocciar” tanto estaban cansados.”³

Siempre recuerdo el día que el hermano Fenn (Karl R.) y su com-



Equipo de fútbol de la Primaria
Año 1938



Mark Duke, Morris E. Nelson, Jesse B. Smith y Ben R. Allen
Año 1938

pañero, trajeron en el tren desde Buenos Aires, un armonio a pedal. Fue todo un acontecimiento. Ahora podíamos cantar acompañados con música, y poco tiempo después, también se organizaron algunos conjuntos corales. La mayoría de los “hermanos” sabía tocar el armonio y otros instrumentos, tales como el violín, la trompeta, guitarra, etc. En ese tiempo yo empecé a practicar con la armónica...

Pocas semanas después, comenzaron las reuniones dominicales: La Escuela Dominical por la mañana y la Reunión Sacramental por la tarde. Los “hermanos” dirigían todo pero daban alguna participación y enseñaban cómo hacerlo a los mayores del grupo, como Rodolfo y mi hermano Rolf. Además de la Biblia, tenían “El Libro de Mormón” (Edición 1929) y “Revelaciones de los Últimos Días”, de tapa azul, con algunas de las revelaciones que había recibido el Profeta José Smith. Para cantar teníamos un pequeño himnario mimeografiado con sesenta (60) himnos seleccionados de “Deseret Songs”, con la letra solamente. Cuando los misioneros llegaban

o cuando se los transfería a otro lugar, nos dejaban como recuerdo unas tarjetas en colores con la dirección de la Casa de la Misión en Buenos Aires y su propia dirección en los EE.UU. y la foto de un Templo que había sido construido en el estado de Utah, en la ciudad que fundaron y que se llamaba Salt Lake. Al dorso, estaban los 13 Artículos de Fe, que había escrito el Profeta José Smith a requerimiento de un periodista y representaba un resumen de las principales creencias de la Iglesia. Yo las coleccionaba y trataba de memorizar los



Yo, vestido de cowboy con la soga
Año 1939

Artículos de Fe.

El tema de mi primer discurso, fue tomado de la última parte del versículo de Gálatas 5:13: “...servios por amor los unos a los otros”. Yo era tímido y estaba muy nervioso, sin embargo recibí el apoyo de los hermanos: “Tú puedes, Huguito...”. Tenía 9 años. Un día me pidieron que aprendiera de memoria el versículo de Santiago 1:27: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo”, porque tenía



que repetirla en casa de uno de los investigadores que estaban enseñando. Lo hice también con mucha vergüenza. En verdad, fue el primer versículo que aprendí y sin querer fui introduciéndome en las Escrituras y también a amarlas...

Los bancos de madera eran muy incómodos. Habían sido construidos por los misioneros y tenían el respaldo vertical, no inclinado.

Para presentar el Libro de Mormón, los misioneros estaban preparando una conferencia, cuyo tema principal era: “Conozca el Origen del Indio Americano”, dirigidos y supervisados por el Presidente Young, un experto en el tema.

Para entonces, ya empezaron a asistir también algunas hermanas, como mi madre (María), Matilde, Felisa y Delia Gaité, María Esther (Negra) y Elsa (Ñata) Pache, y Aniceta Castro (una vecina de los Taylor). Se empezaban a escuchar algunos vocablos extraños, como por ejemplo, “el domingo vamos al culto...”. Con el tiempo ese término cayó en desuso, por suerte.

A principios del año 1939, tuve una experiencia única. Los misioneros me llevaron a la localidad de Ensenada, cercana a La Plata, porque desde ese puerto, partiría un barco para llevar de regreso a su hogar al Presidente W. Ernest

Young y familia. En ese tiempo no se usaban aviones comerciales y el barco era el medio de transporte para trasladarse al exterior.

Los Primeros Bautismos

El lugar para efectuar los bautismos se llamaba “boca cerrada”, porque era el final del camino al balneario de Punta Lara en el Río de la Plata. Allí terminaba el partido de La Plata y comenzaba el de Berazategui. Íbamos a ese lugar porque el bautismo “se debía hacer por inmersión para la remisión de los pecados” y además, era muy tranquilo.

El primer bautismo lo recibió el hermano Rodolfo Saltalamacchia, el 25 de mayo de 1938. Meses más tarde, el 29 de enero de 1939, se bautizaron mi hermano Rolf, las hermanas Gaité y las hermanas Pache. Todo un acontecimiento. Ese mismo día, pero en el local, recibieron “la confirmación como miembros de la Iglesia y se les confirió el Espíritu Santo”. Todas las ordenanzas eran realizadas por los “hermanos”, porque ellos “poseían la autoridad del sacerdocio”, y además todo era registrado. A cada hermano se le entregaba el certificado firmado. “La Casa de Dios es una Casa de Orden”, decía un cartel que colgaba del púlpito.

La Rama iba creciendo y la casa nos quedaba chica. Por tal motivo,



Bautismo de mi hermano Rolf
Año 1939

en noviembre de 1939 nos mudamos a una más amplia, con terreno y frutales, en la calle 18 N° 1529 (e) 63 y 64, a sólo 8 cuadras de la anterior.

En ese tiempo, había una gran tensión entre algunas naciones de Europa. Se comenzaban a escuchar los “rumores de guerra” que hablaban los profetas.⁴

El segundo grupo bautismal, se llevó a cabo el 10 de diciembre de 1939. Era una mañana nublada y fresca. Mi madre y yo nos bautizamos junto con Juan Carlos Párraga, Alejo Villarruel, y Aniceta Castro. Estuvo presente el Presidente Federico S. Williams, que recientemente había reemplazado al Presidente W. Ernest Young, como Presidente de la Misión Buenos Aires Argentina. En el bautismo de mi madre ofició el hermano Karl R. Fenn y en el mío, el hermano Jesse B. Smith. Fue un día inolvidable. Precisamente fue el hermano Fenn, luego de una Conferencia de Misión en el mes de octubre en la capilla de Liniers que nos desafió a mi madre y a mí a bautizarnos. Todavía no era el tiempo de mi padre... Recuerdo que ese día cantamos “Nos Veremos en el Río”, de la página 50:

Nos veremos en el río,
cuyas aguas cristalinas,
cuyas ondas argentinas,
llegan al trono de Dios.



Fachada actual de la casa de la calle 18

CORO

Oh, si nos congregaremos
en las márgenes del río;
nuestras vidas renovadas
por la gracia del Señor.

En las márgenes del río,
presentémonos sentidos,
a vivir arrepentidos,
por la gracia del Señor.

El que baja en el río,
con Jesús tendrá morada,
no tendrá el mal entrada,
allí sólo reina Dios.

Antes de salir del río,
nuestra carga dejaremos,
libres todos estaremos,
por la sangre del Señor.

Algunas semanas más tarde, trasladaron al hermano Smith a la Oficina de la Misión, como secretario. Yo me enfermé de tristeza. Mi madre, muy preocupada, habló con los hermanos que quedaron y el Presidente Williams me invitó a pasar una semana en la Casa de la Misión (calle Manzoni 268, de la Capital Federal). Fui el mimado de la familia y el “compañero” del



Grupo que se bautizó el 10 de diciembre de 1939.
A la derecha el Pte. Federico S. Williams

hermano Smith. Nunca olvidaré el amor que recibí del presidente y las atenciones de la mucama, una hermana alemana que se llamaba Greta y preparaba comidas y postres muy ricos. Regresé a casa recuperado y feliz. El hermano Smith era de Montana, Wyoming y nunca más tuve noticias de él, pero le estaré eternamente agradecido por su ternura y bondad.

Para ese tiempo, yo había terminado el 4to. grado de la escuela primaria, con la Srta. Martha, en la

Escuela Leopoldo Herrera N° 42, a cuatro cuadras de casa. Recuerdo que cursé el primer grado con la Srta. Zulema, el segundo con la Srta. Aurora y el tercero con la Srta. Biscayart. Le decíamos señoritas, aunque fueran casadas. Todos sabían que mi hermano y yo no éramos católicos, pero jamás fuimos discriminados. Por el contrario, siempre fuimos respetados.

Un joven de la localidad de Haedo, que trabajaba en Rentas y había sido llamado como misionero de tiempo parcial, llegó a la Rama. Vivía con los misioneros y se llamaba Samuel Boren. Resultó ser un joven excepcional y al poco tiempo fue llamado como el primer Presidente argentino de la Rama de La Plata. Era muy buen deportista y también tocaba el violín. Durante las reuniones del domingo, acompañaba los himnos con ese instrumento cuando no había pianista. Junto con otros misioneros, ayudó a formar a varias generaciones de líderes locales. Esa fue una gran bendición, ya que pocos años después y por motivo de la guerra mundial, comenzó a disminuir la llegada de misioneros de origen norteamericanos⁵.

En ese tiempo, los misioneros



Mi bautismo con Karl R. Fenn y Jesse B. Smith



Bautismo de mi madre con Karl R. Fenn, Samuel Boren y Robert Standing

norteamericanos tenían un equipo estable de “basquetbol” y otro de “baseball” y competían con equipos de primera de diferentes clubes locales. Fue una manera de difundir el nombre de la Iglesia. Había jugadores sobresalientes y uno de ellos, Rolf Larson, fue autorizado para integrar el equipo de la selección nacional de basquetbol.

También se organizó una “banda de jazz” de misioneros norteamericanos que recorría las principales ciudades con el mismo fin. Eran tiempos difíciles para la obra proselitista. La Iglesia crecía muy lentamente, “como el roble de la bellota”, como había profetizado el Apóstol Melvin J. Ballard.



Yo con Jesse B. Smith en la puerta de la casa de la misión en Bs.As.

Conclusiones

Así transcurrieron los primeros diez años de mi vida. Criado en el seno de una familia honorable, de clase económica pobre pero muy emprendedora y con deseos de progresar y suficientemente abierta, como para permitir, en una época de tantos prejuicios, que la Verdad Restaurada nos fuese enseñada. Hacía sólo 12 años, que un apóstol del Señor, el Elder Melvin J. Ballard, había arribado a la ciudad de Buenos Aires con otros hermanos de los Setenta, para dedicar “las tierras sudamericanas a la predicación del Evangelio restaurado de Jesucristo”. Fue en el Parque Tres de Febrero, hoy Palermo, el 25 de diciembre de 1925. En ese tiempo presidía la Iglesia, Heber J. Grant y sus consejeros eran J. Reuben Clark (h) y David O. McKay, primero y segundo respectivamente.

En el tiempo de mi bautismo la Iglesia tenía aproximadamente 750.000 miembros, la mayoría residía en el oeste de los EE.UU. de Norteamérica, siete Templos y sólo dos misiones en Sudamérica: Buenos Aires, Argentina y Sao Paulo, Brasil, con aproximadamente 700 miembros en total. En el Gran Buenos Aires Sur, desde la Ciudad de Avellaneda hasta nuestra ciudad, sólo había dos Ramas:

La Plata y Quilmes, a aproximadamente 40 Kilómetros de distancia una de la otra. Recuerdo con cariño a algunas familias de esa localidad, tales como los Oguey, Maillard, Biebesdorf y Riegler, de procedencia europea. Éramos un puñado de miembros.⁶

La aceptación del Evangelio en nuestra familia, fue un proceso natural. Mi hermano y yo no teníamos prejuicios religiosos, dado que mi padre se había opuesto a que fuésemos bautizados en la iglesia Católica cuando nacimos. Proceder insólito en ese tiempo.

Poco a poco comenzamos a estudiar las Escrituras y a participar activamente en llamamientos de la Iglesia. Siempre fuimos amados, respetados y reconocidos en nuestro servicio. Estaba naciendo y fortaleciéndose, un firme testimonio del Evangelio Restaurado de Jesucristo. Él comenzaba a ser mi Salvador y mi Redentor...

Referencias:

- (1) En el año 1906, llegó a Buenos Aires, el famoso director de orquesta Arturo Toscanini. Lo acompañaban su esposa Carla y su hijo Giorgio. Vino contratado para dar conciertos en el famoso Teatro Colón. Durante su permanencia en el país, su hijo contrajo difteria, y a los pocos días falleció.
- (2) Rodolfo Saltalamacchia, fue el primer miembro de la Iglesia en La Plata. Se bautizó el 25 de mayo de 1938 y había conocido la Iglesia en el primer local alquilado: calle 62 N° 938 (e) 13 y 14. Era un entusiasta e inteligente joven de 17 años.
- (3) Se respetaron la sintaxis y la ortografía originales.
- (4) El fin de la paz mundial llegó el 1° de setiembre de 1939, cuando Alemana invadió Polonia. Dos días después, Gran Bretaña y Francia, declararon la guerra al III Reich alemán. Así comenzaba la Segunda Guerra mundial. EE.UU. de Norteamérica entró en la guerra el 7 de diciembre de 1941, tras el ataque japonés a Pearl Harbour. El 7 de diciembre de 1945, tras la declaración de Yalta, llegó el final de la guerra. Se perdieron millones de almas. Comenzaba la guerra fría entre las naciones aliadas.

(5) Entre 1942 y 1945, se interrumpió la llegada de misioneros norteamericanos, por motivo de que EE.UU. de Norteamérica había ingresado en la guerra. Se comenzó a llamar a jóvenes argentinos para que sirvan misiones de tiempo completo. Durante los primeros meses del año 1942, había sólo tres misioneros extranjeros: Fletcher Memmot, Carl Call, de las colonias de mormones en Chihuahua, México y Carl Young, “Carlitos”, el hijo menor del Presidente W. Ernest Young, que había regresado al país para reemplazar al Presidente Federico S. Williams. Fue una época difícil, pero, por otro lado, permitió el desarrollo del liderazgo local.

(6) Al mes de octubre de 2007, la población mundial de la Iglesia es de aproximadamente 13 millones de miembros, distribuidos en más de 113 países y territorios, 347 misiones, 124 Templos y 12 más bajo construcción o anunciados. En el área Sudamérica Sur hay 523.000 miembros y sólo en Argentina, 362.000. En el territorio del Gran Buenos Aires Sur, como se mencionó, había sólo dos Ramas en 1939, ahora existen 8 Estacas y 65 Barrios y Ramas con más de 26.000 miembros.